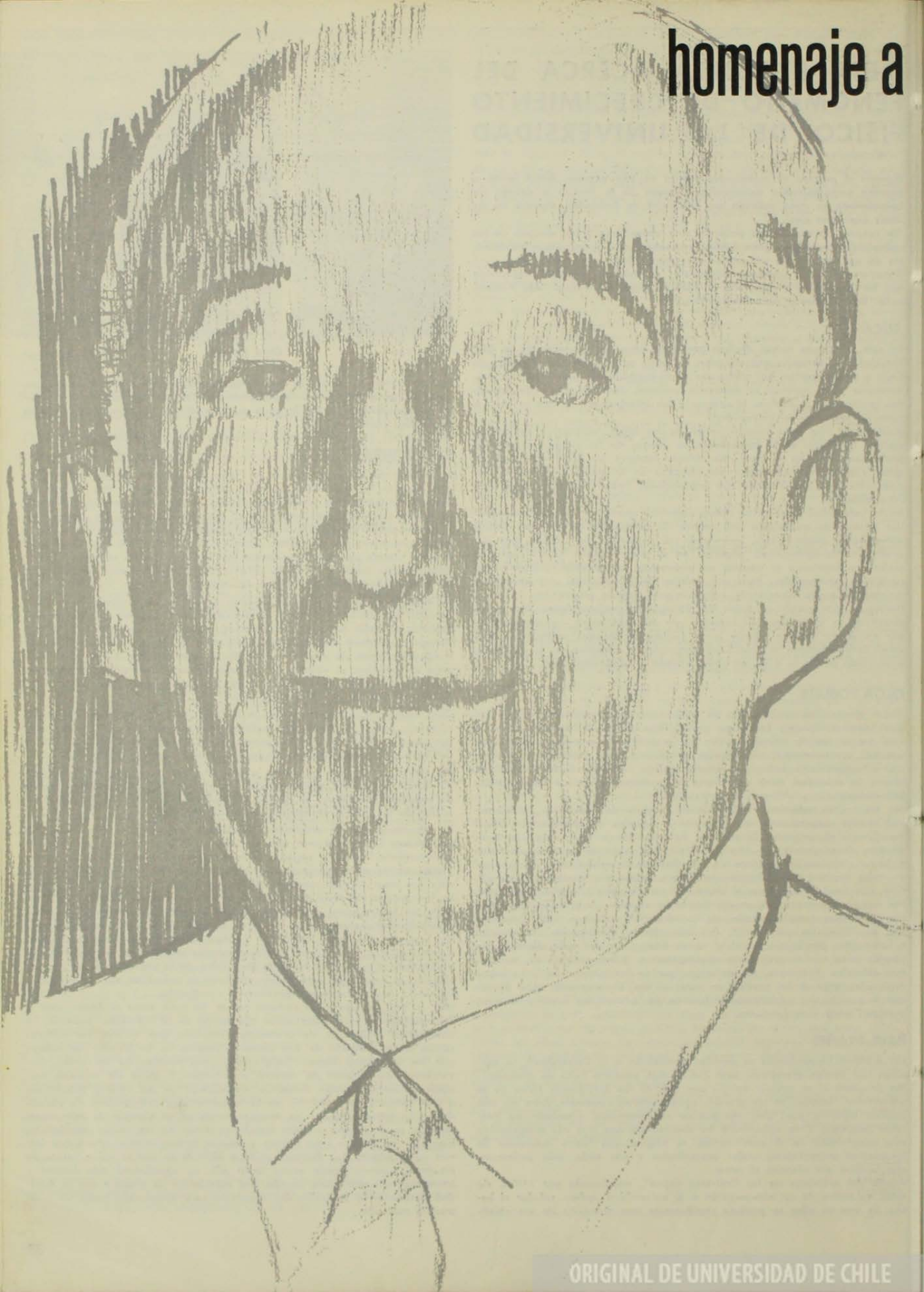


homenaje a



ORIGINAL DE UNIVERSIDAD DE CHILE

un hombre de verdad

PALABRAS CON QUE EL DIRECTOR DE AUCA, ARQUITECTO ABRAHAM SCHAPIRA, DESPIDIÓ LOS RESTOS MORTALES DEL PROFESOR AGUSTIN RIVERA GONZALEZ, CONSEJERO Y REPRESENTANTE LEGAL DE LA REVISTA.

6 de Mayo de 1967.

SEÑORES:

Hay vidas que se extinguen silenciosamente. Pero cuando esto ha ocurrido, dejan tras de sí un mundo más limpio que el que han compartido.

La desaparición de Agustín Rivera González, maestro apasionado de dos generaciones, humanista valeroso, fundador y hasta hoy, mentor espiritual de AUCA, evoca ese pensamiento. Quienes tuvimos el privilegio de aproximarnos a su existencia impecable, auto-cinzelada con el rigor, la disciplina y alegría de la creación cotidiana, seguiremos considerando prematura esta muerte que viene a interrumpir 45 años de labor fecunda en la formación de juventudes.

Porque hablamos del hombre cuya vida consistió en comunicarse incansablemente con los jóvenes a través de una disciplina que, siendo para tantos sólo seca abstracción, para él y sus discípulos fue carne, poesía, verdad sentida y compartida. El joven profesor de matemáticas que, en romántico vuelo transfiguraba áridos símbolos en ideas e inquietudes vitales, vibraba ya en el goce de sentirse comprendido, en la vocación del maestro, aquel que trasciende el mundo puramente cerebral de su ciencia. (*).

Egresado de la Escuela de Arquitectura, ligó para siempre su destino a la formación de arquitectos, al iniciarse, pocos meses antes del año 30, como ayudante de la Cátedra de Matemáticas del recordado profesor Evaristo Palma, para asumir, catorce años más tarde, esa misma Cátedra universitaria en propiedad.

Por aquel entonces la gran marea de la Reforma se extendía por la Escuela de Arquitectura como un confuso y avasallador movimiento, cuya expresión de profunda rebeldía asustó a muchos respetables espíritus académicos.

Pero no al espíritu de Agustín Rivera, que estaba habituado a dialogar con los jóvenes y a quebrar los continentes, por ásperos que fueran, para indagar el contenido. Su mente analítica vió claro en la compleja trama de imperfectos esquemas y organogramas. Vió el embrión de la gran transformación de la enseñanza de la arquitectura, una nueva manera de concebir y formar a los arquitectos del inquietante mundo de post-guerra, la liberación de los estrechos formalismos que achataban hasta entonces su educación.

Y en aquella encrucijada en que tantos falsos maestros volvieron la espalda a los estudiantes, tuvo el valor de acompañarlos y comprometer su ya cimentado prestigio en la aventura progresista. Con él y, en gran medida, por él, los esquemas se clarificaron, surgieron límpidos e idealistas, los postulados de la Reforma de 1946: las tesis del arquitecto integral, la escuela activa, la democratización de la docencia.

(*) Réprochábanle, cierto día sus colegas, el exceso de ruido que su clase producía. Su respuesta fue esta: "Mi clase es una fábrica, en plena producción. ¿Conocen Uds. una buena fábrica que no haga ruido?".

No obstante, quien hasta entonces viviera en el pensamiento especulativo y el gabinete experimental, no podía detenerse allí. Había que realizar la bella promesa de la Reforma, emprender la acción, vencer sus resistencias, estructurar todo el organismo universitario como dinámico instrumento de las nuevas ideas. Y cuando, sin vacilar, aceptara la más alta responsabilidad docente-administrativa, la Dirección de la Escuela de Arquitectura —cargo que había de honrar repetidamente durante más de una década— no era ciertamente para burocrática complacencia.

Aquí le aguardaban éxito e ingratitudes. Muchas horas de labor enfrentando una desalentadora realidad que a veces parecía esterilizar todo esfuerzo, pero la tenacidad era el secreto de su fuerza. Identificado a su personalidad, asistimos al surgimiento de una Escuela nueva y, sobre todo, un nuevo tipo de estudiante que él se había propuesto como meta de acción. Este es el momento estelar en que la Escuela de Arquitectura conoció su época más brillante y productiva.

Una sola verdad no fué capaz de enfrentar el espíritu limpio de Agustín Rivera. Y fue la siguiente: que la honestidad no estaba en todos los corazones, que un hombre puede ser profundamente defraudado en su propia casa, que la vida termina por destruir hasta los más queridos axiomas de la razón y de la ética.

Con esa tremenda verdad y 43 años de labor docente tras de sí, se le vé renunciar a la Facultad de Arquitectura, encabezando un grupo de 40 de sus mejores discípulos, ya convertidos en camaradas de trabajo y de doctrina universitaria. En ese instante, su menuda figura, alejándose resueltamente de todo lo que hasta entonces fuera la razón de su vida, se agiganta, alcanzando la estatura de una heroica protesta.

Pero ninguna prueba, por dura que sea, destruye la creatividad de un espíritu libre. Material, aunque no anímicamente al margen de las aulas, supo encontrar una nueva tarea para sí.

Allí estaba AUCA, la Revista de la Arquitectura chilena, relegada a 15 años de ominoso silencio. Alguien debía ayudar a revivir esta nueva cátedra pública y tribuna de la arquitectura. Sólo con el desinterés de los que, habiendo dado todo de sí, nada pueden perder, debía construirse AUCA. Y allí está otra vez Agustín Rivera, cambiando la tiza de pizarra por la tinta de imprenta, mezclando en un apasionante sueño su talento lírico con el empuje del organizador y la resolución del hombre de empresa.

Y he aquí que a los setenta años —pero prematuramente, repetimos— la enfermedad vino a arrebatarnos al más joven soldado de nuestras batallas de fé en la arquitectura. El más joven, si por juventud se entiende la frescura de espíritu, el idealismo y la energía para la acción.

Al rendir este póstumo homenaje a sus restos mortales, volvamos otra vez al comienzo de nuestra alocución:

"El mundo que tú nos dejas, queda más limpio en razón de tu propia trayectoria".

¡Atención, juventudes!:

"Por esta huella se aleja, para siempre, un hombre de verdad...".

6 de Mayo de 1967.